

PLAYA NEGRA

PÓR

Arturo Alessandri Palma

Santiago, 6 de Enero de 1948.

Señor
Don Luis Orrego Luco
Presente.

Mi viejo y querido amigo:

En este momento cierro la última página de su interesantísimo libro *Playa Negra (Escenas de la Vida en Chile)*.

Me ha hecho pasar instantes deliciosos. Lo felicito entusiasmado y con mucha sinceridad, pidiéndole sólo que se reconozca deudor de algunas horas de sueño, debido a que el libro me tomó en tal forma, que fué imposible cerrarlo antes de saborear hasta su última palabra.

Sabe Ud. que no soy crítico. Ignoro en absoluto las reglas de aquella profesión y su técnica; pero, como un modesto lector, considero que el arte, en todas sus manifestaciones y variedades, merece el nombre de tal siempre que atraiga y produzca emoción y deleite al espíritu o los sentidos.

Su bellísima novela, escrita con tanta sencillez, sin imitación, e irradiando vigorosa chilenidad, cumple, a mi modesto juicio, con todos los requisitos y, por eso, la admiro sinceramente y la aplaudo con entusiasmo.

Sus descripciones son completas y magníficas. El río Maule, con las alternativas del curso de sus aguas, se ve en sus descripciones tal como si lo observáramos desde sus orillas. Nos hacemos la ilusión de sentir el ruido de la corriente nerviosa, seguida de los remansos profundos e inmensos, luciendo siempre sus aguas limpias y cristalinas que, como en claro espejo, reproducen la imagen radiante de los bosques seculares que, cual centinelas permanentes, cuidan y resguardan el hermoso caudal de aquellas aguas eternas.

Al leer la descripción que Ud. hace de la invencible y por-

fiada Barra, nos hace sentir el estruendo vigoroso de la corriente del río contra la porfiada resistencia del mar con sus olas, como si aquel elemento orgulloso de su poder, quisiera hacer resaltar que nadie entra en sus dominios sin su permiso y consentimiento. El lector parece sentir el estrépito de las rompientes de la Barra del Maule.

Tan magníficas descripciones, me hacen recordar a Blasco Ibáñez que, con el fuego de sus palabras y el vigor inimitable de su imaginación, insistía en que el escritor o el novelista, para merecer el nombre de tal, al escribir debía ser preciso y minucioso, dando la perfecta impresión de la realidad.

Como si fuera hoy, me parece estar oyendo en una conferencia, a Blasco Ibáñez, cuando, fundamentando su tesis y por vía de ejemplo, decía que, al describirse una Fonda mal tenida, era menester dejar constancia hasta de la imagen de las manos de los bebedores estampadas en el polvo acumulado en el mostrador por falta de aseo.

Ha cumplido Ud. ampliamente con los consejos de Blasco Ibáñez, gran escritor y novelista insuperado.

Sus descripciones son magníficas e impresionantes.

Dentro del hermoso cuadro de aquel rincón poético de Chile que rodea la desembocadura del Maule, donde la naturaleza ha agrupado bellezas de todo orden, pletóricas de majestad, anota Ud. sucesos, tipos y caracteres humanos y costumbres, que nos hacen vivir una época social de Chile y la de una región que ha dado para el país hombres superiores en todos los ramos de la colectividad nacional.

Cuando mis hijos eran pequeños, pasé en Constitución con mi esposa y ellos, muchos veranos que han dejado en mi espíritu huellas imborrables de afecto y admiración por las maravillas de una naturaleza privilegiada por sus grandezas. Viajando en Europa, en la deliciosa compañía de mi santa esposa y de algunos de mis hijos, por las riveras del Rhin, rumbo a Colonia, recordamos con orgullo y emocionados que, si aquel gran río producía admiración por los recuerdos históricos que testimoniaban los Castillos de sus riveras y el inmenso poderío comercial que se desliza por sus aguas, nuestro lejano Maule lo sobrepasaba en cuanto a sus bellezas naturales.

Al leer y saborear su libro, reviven en mi espíritu emociones y recuerdos imborrables, constituyéndome ellos en Juez abonado para apreciar mejor la realidad y verdad de sus apre-

ciaciones y juicios por lo que respecta al ambiente y a la vida y costumbres de los habitantes de aquella privilegiada región.

La mañana del día festivo en que todos los pueblinos van y vienen jadeantes y precipitados para alcanzar la misa, sus actitudes, comentarios y conversaciones, los presenta Ud. como un cuadro exacto de verdad y realidad.

Doña Catita, el primer tipo que aparece, viuda de un Cónsul inglés, cuyo recuerdo y situación social ella conserva intacto, es un exponente clásico de realidad que se capta la admiración del lector, compartiendo con ella su inmenso dolor, cuando con motivo de un terremoto, que rompe la división secreta de un mueble, en donde jamás había urgado doña Catita, descubre una correspondencia amorosa del reservado, frío y flemático Cónsul inglés, con la más íntima de sus amigas. Fué aquél para Catita un terremoto en su alma, más formidable y de mayores trascendencias, que aquel que agrietó las murallas de su casa y produjo desperfectos en su vivienda. Desgraciadamente, ese acto humano y posible, como no es extraño ocurra en la vida, contiene una enseñanza: de cómo las tormentas del alma, en muchos seres, producen, en ocasiones, mayores estragos que los cataclismos de la naturaleza.

Catita, no obstante aquel inmenso desengaño producido por una doble y dolorosa traición, no cambió sus actitudes ni su vida tranquila y piadosa para con todos sus amigos y conocidos. Procuró consolarse ante la muerte del recuerdo de un afecto tan puro y sólido, como el que ella conservaba como en un templo consagrado a la memoria del Cónsul inglés, que había caído en tan inexplicables liviandades, al juzgársele por su educación y apariencia.

Los amores de Auristela con el Jefe de la Oficina de su esposo, Mateo del Pozo; los sufrimientos de aquel manso, pacífico y buen hombre, que se transforma en una fiera a impulsos del dolor que lo lleva hasta las puertas del crimen, seguido esto del arrepentimiento profundo de Auristela, que descubre en del Pozo a un hombre hasta ayer desconocido para ella y del cual termina enamorándose locamente hasta arrancarle con sinceridad un perdón generoso que les abre las puertas de una nueva vida feliz, son páginas admirables de psicología humana, llenas de realidad, de esperanzas y consuelo.

La empleada de Catita, Rosario, se enamora de un esforzado trabajador del mar, Chuma, noble, valiente y generoso rotito chileno, que reúne todas las buenas condiciones de tantos ejemplares de nuestra modesta raza; produce honda y profunda emoción, cuando llega pletórico de alegría donde su amada, con un fajo de billetes que le entrega como arras y promesa de un próximo matrimonio. La muchacha, honrada y leal, sobrecogida ante tantos pesos, que no había visto nunca reunidos en tal cantidad, rechaza el presente temiendo que haya sido adquirido en mala forma. Chuma, con excepcional y vigorosa elocuencia, inspirada por su amor, explica que un Armador que va a Panamá lo ha contratado para el viaje, que él aceptó pidiéndole aquel anticipo, por si no volviera o muriera en el trayecto, a fin de que quedara ella con lo necesario para atender a sus más premiosas necesidades. Celebraron en seguida la promesa de su matrimonio, con entusiasmo. Chuma partió. Rosario vivió largos días de inquietud esperando el regreso de su prometido para efectuar el deseado matrimonio. Desgraciadamente, aquel día tan esperado no llegó. Cuando el barco enfrentaba la Barra del río, que tenía que salvar para entrar al Puerto, estalló una de las más formidables tormentas, propias de aquella región. La lucha prolongada con los elementos embravecidos, fué larga y violentísima.

Se describe la tempestad con majestuoso realismo y se ve a Chuma, horas y horas, cerca del timón, defendiendo con singular esfuerzo su vida que está en los umbrales de la inmensa felicidad prometida y la de sus compañeros, a quienes infunde esperanzas hasta el último momento, obedeciendo las órdenes de su Comandante, viejo lobo de mar habituado a aquellas grandes batallas frente a los elementos implacables.

El timón se destroza finalmente, queda la nave a merced de las olas embravecidas, cada vez más, por la porfiada resistencia del barco que zozobra, tragado bajo un torbellino de agua.

Chuma, es bastante fuerte para alcanzar a nado la costa y salvar su vida; muchas veces había realizado aquella proeza sin dificultad; pero viendo a su viejo Comandante en combate desesperado con las olas, se olvida de sí mismo, acto propio de la generosidad de sus nobles sentimientos, vuelve atrás para salvar a su jefe, en el mismo momento en que una enorme lancha, volcada por la tormenta implaca-

ble, pone término a su vida con un recio y mortal golpe en la cabeza.

Terminan así, para siempre, las esperanzas que acariciaba Chuma y por cuya realización deliraba la buena y sencilla Rosario, que lloró mucho tiempo a su amado, oyendo el relato de sus últimas proezas, contadas por hombres de mar que las presenciaron sobrecogidos desde la playa cercana.

Algún tiempo después, Rosario, vencida por la realidad de la vida, aceptó el matrimonio que le ofrecía un buen hombre a quien ella había desdeñado algunos años antes, por amor a su valiente y abnegado Chuma.

En este episodio, tan sencillo y modesto en apariencias, fluyen y se realizan sentimientos llenos de belleza, probando que la rectitud y nobleza en las acciones humanas, no es patrimonio sólo de las clases adineradas de la sociedad. La descripción de la tormenta, el coraje de Chuma, el dolor de la pobre Rosario están descritos y contados en forma magistral, produciendo al leerlos honda emoción, como si se hubiera presenciado. Tal es la realidad y vigor de la relación.

Numerosas escenas conmovedoras y llenas de profundo sentimiento, campean en su interesante libro, en cada uno de los hechos o episodios relatados, hasta llegar al punto culminante y céntrico de la novela. La llegada a Constitución de dos ingenieros franceses, venidos a estudiar científicamente y en detalle, la construcción del Puerto, anhelado por la región y por el país entero, a fin de dar desarrollo y movimiento a la producción agrícola e industrial de una inmensa zona del territorio, mediante la salida al Pacífico.

Uno de aquellos jóvenes ingenieros, Renato Vaugirard, era hijo de un noble francés de legítimos y rancieros abolengos. Su padre, el Conde que le dió su nombre, vivía empobrecido en Francia. El hijo, dotado de hermosa presencia física, de verdadero talento, ilustrado, de maneras y trato fino y cultísimo, quería ganarse la vida por su propio esfuerzo, redimiendo la fortuna perdida por su padre, mediante trabajo personal. Persiguiendo aquel propósito, inspirado en sana dignidad que correspondía a la verdadera nobleza espiritual de su estirpe, renunció voluntariamente a sus comodidades, a los deleites supremos de la ciudad Luz, para radicarse en un pueblo solitario y apartado, en un país tan lejano al suyo, soportando

privaciones de todo género, encontrando en el trabajo esforzado, consuelo y esperanza.

En aquella misma época, la millonaria Rosita del Valle, que había vivido muchos años en París, disfrutando de sus caudales, vino a residir algún tiempo en su hermoso Fundo «Quivolgo», próximo a la desembocadura del Maule. El objeto del viaje obedecía, también, al propósito de darle salud y tranquilidad a su hija Silvia, hermosísima muchacha que bordeaba los 17 años y necesitaba reposo por prescripción médica.

Rosita del Valle, cuyas prendas físicas, morales e intelectuales describe Ud. en forma maravillosa, conoció a Renato. Con maestría y elegancia artística destaca Ud. la natural e inmensa atracción que produjo el apuesto ingeniero en el alma delicada y selecta de Rosita, quien, forrada y protegida por la coraza de su sincera honestidad, luchó fuertemente por alejarse del joven, evitando con resolución y firmeza todo contacto e intimidad. Pero, la afinidad de aquellos espíritus excepcionales los atrajo con la fuerza irresistible que el destino pone en ocasiones frente a las mayores resistencias humanas. Renato y Rosita, no obstante su mutua resistencia, llegaron a una suprema intimidad, que pudieron mantener a cubierto y al margen de la maledicencia. Nada ni nadie perturbaba el secreto de aquellas dos almas de selección, llamadas, por el imperativo de la vida, para aproximarse y disfrutar de deleites escogidos sólo para almas superiores.

La hija, que amaba entrañablemente a su madre, sentimiento que ella pagaba en igual forma, se trasladó también a «Quivolgo». Conoció a Renato y, a poco andar, sintió encenderse en su alma inocente y juvenil su primer amor de adolescente, frenético, por el francés, que llenaba ampliamente su corazón.

Maestramente pinta Ud. los temores que aquella pasión inspiraba a Renato, quien se esfuerza por evitar los encuentros y conversación con la niña que, cada vez más, sentía inflamado su corazón y aumentada la llama quemante del primer amor de su vida. La niña se hace castillos en el aire, se cree la futura esposa de aquel príncipe encantado de las Mil y Una Noches que, de lejanas tierras, ha venido en su busca para abrirle las puertas de la felicidad infinita. Silvia participa sus sentimientos, sus ideas, a una amiga íntima. Sueña, con que sus ilusiones serán pronto realidades. Inventa un paseo a

la otra rivera del Maule, dispuesta a hablar allí, claro, a Renato, ofreciéndole su mano, convencida que la aceptaría, ya que ella se creía amada y estaba segura que él nada le decía por orgullo y para que no se pensara que la pretendía persiguiendo su fortuna. Estaba cierta del éxito y deliraba con la idea de volver del paseo lista ya para participar a sus amistades y al público la fecha de la boda.

Ud., mi querido amigo Lucho, pinta el sueño de la niña en forma tan precisa y animada, que parece que los pensamientos y las ideas de aquel cerebro juvenil se convierten en una viviente realidad.

Mientras Silvia avanzaba rápida en un pequeño carruaje, desparramando sus sueños deliciosos en torrentes de ilusión, contándoselos a su amiga, recibe un papel, en el cual Renato le pide excusas por no poder acompañarla en el paseo, debido a ocupaciones impostergables de su profesión. Destrozada el alma de la niña ante el desplome de sus ilusiones y de su sueño ardiente, vuelve el rumbo de su carruaje y corre veloz hacia «Quivolgo». La ausencia de Renato la desinteresaba del paseo y la hacía buscar a su madre para confesarle su amor y sus propósitos.

Pasa por el parque rumbo a las casas; frente a un kiosco solitario que daba a uno de los caminos, siente un ruido extraño, empuja la puerta y descubre allí a Renato, en intimidad con su madre. Comprende la magnitud horrible de la tragedia. Y cae sin conocimiento, para no recuperar más su razón. Era la vida que se vengaba, era el horroroso castigo impuesto por el destino. Ante la hija, perdida para siempre, Rosita se alza, erguida, espléndida, y pronuncia la sentencia irrevocable: «Vete, no te veré nunca jamás en la vida». La madre despertó en la plenitud soberana de la maternidad, más fuerte que todo, recuperó sus máximas energías para vencer los sentimientos que pudieran haberle alejado de sus sagrados deberes.

Renato, anonadado, despavorido, resolvió encontrar refugio en el suicidio. Lo intentó. Escribió una carta explicando su actitud. Al poner en práctica la idea, aparece en la mente la imagen atormentada de su padre anciano, luchando en la pobreza, aliñada con los dolores físicos de la vejez; y de su hermana, también desamparada. Rompe la carta, y sin más Cireneo que su voluntad y esfuerzo, se hecha al hombro la cruz

inmensa de sus dolores, continuando resuelto la lucha tenaz por la vida.

A la narración de esta tremenda tragedia, en un lenguaje ameno, correctísimo, lleno de finura y delicadeza para decir cuanto es necesario sin herir el pudor de nadie, sigue el último capítulo que cierra la novela, reproduciendo con tanta realidad la vida tal cual es.

Mientras hay corazones que se desgarran y caen destrozados por el dolor, la vida, impasible en su marcha, sigue dando a otros soluciones y felicidades inesperadas.

El último capítulo de *Playa Negra*, maravillosamente escrito, con gran sencillez, contiene un libro de filosofía ante el cual debemos meditar y encontrar siempre conformidad en los mayores dolores.

Finalmente, mi querido y viejo amigo, no soy crítico de literatura ni de arte. No es aquélla mi especialidad. Soy apenas un modesto lector que saborea la belleza donde quiera que la encuentre. Su libro me ha procurado deliciosos momentos de agrado y me autoriza para afirmar, dentro de mi modesto juicio, que Ud. es un gran escritor, que merece figurar con honor en primera línea, a la vanguardia de los escritores chilenos y frente a los de mayor fama en otros Continentes.

Reiterándole mis calurosas felicitaciones, quedo siempre suyo, Atto., S. S. y decidido amigo

ARTURO ALESSANDRI PALMA